

Bases para el Plan de Estudios y Organización de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Litoral, con sede en Paraná

Juan E. Zanetti

ESTUDIOS • Nº 6
Junio 1995 - Junio 1996
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

La tarea emprendida debe girar alrededor de un supuesto fundamental: la educación del hombre en el plano universitario; o mejor aún, la educación de educadores en la Universidad. Las dificultades para hallar una Antropología que proporcione los caracteres de la naturaleza humana, nos han guiado hacia la búsqueda de los lineamientos respecto de la ubicación y funciones del individuo, de la educación y de la propia Universidad, en sus interrelaciones con la sociedad. El hombre en su naturaleza psico-física y en su contexto socio-cultural, constituye la materia prima sobre la que debe trabajar un programa de formación universitaria, cuyos objetivos –hoy– consisten en prepararlo científica, cultural y profesionalmente, para comprender e integrarse a una sociedad en mutación acelerada. El temario se introduce funcionalmente en la programación de la enseñanza. En la elaboración del plan de estudios nos hemos orientado pensando que “deben ser netamente especializados” por eso, siguiendo al Prof. Larroyo propugnamos su concentración científica y técnica.

El informe iníciase consignando antecedentes y elementos de juicio, que aportan materiales neurálgicos a todo planteo universitario; luego se analizan los temas generales que hacen a los fundamentos y orientaciones, relacionados con la misión y funciones de los altos estudios pedagógicos, reelaborados a la luz de métodos y temática contemporánea. El orden de las ideas describe una parábola que marcha hacia el examen de los factores socio-culturales de carácter local y nacional. Toda esta problemática se ensambla y sintetiza en busca de los fundamentos, que son los cimientos. Con estos elementos se delimitan los objetivos y funciones. Finalmente se exponen sintéticamente los lineamientos orgánicos de la nueva institución.

La formulación del plan de estudios se examinó por último en consulta con la programación de la enseñanza de Universidades argenti-

nas, latino americanas y algunas europeas; debiendo destacarse que se tuvo a la vista los planes elaborados por dos comisiones con participación de profesores, estudiantes y egresados de la casa y que obran en poder del Consejo Superior.

Antecedentes, fundamentos, orientación

1.- UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

La Universidad

a) Orígenes. Las condiciones históricas del alto medioevo proporcionan los materiales para la formación de las Universidades: nacidas por el impulso vocacional de profesores y estudiantes –sedientos de sabiduría– se organizan en corporaciones (eso quería decir originariamente “Universitas”). Esta comunidad tiene como propósito la transmisión oral de la totalidad del saber y de su aliento ecuménico (sentido que posteriormente se le dio a la voz “Universitas”). La peregrinación en busca de maestros y la voluntad de transmitir ideas, coinciden con “la clara conciencia de un destino histórico universal”, que subyace en el espíritu del alto medioevo y con la demanda de nuevas formas de pensamiento y perentorias exigencias de su divulgación que formula la vida incipiente, pero pujante de los burgos cada día más poderosos. Estos factores están en la raíz de la fuerza expansiva de la cultura y del afán de la universalidad que dan origen a los “Estudios Generales”, cuya diversidad y libertad inicial, plásmanse luego, en ramas de estudios homogéneos, a través de una paulatina polarización de las ciencias. De la dispersión del comienzo, se camina a la concentración del saber universitario, que engarza en la cultura medioeval, organizada en estructuras, gremios y corporaciones sólidamente correlacionadas.

Durante varios siglos los monasterios se constituyeron en firmes y severos custodios de la cultura antigua; ocasionalmente la actividad artística y literaria brillaba en algunos castillos, al amparo de algún señor feudal amante de las letras y las artes. Los monasterios cumplieron una valiosa misión histórica evitando la dispersión del pensamiento clásico. Sólo podía objetárseles el aislamiento que impedía acceso a las brisas renovadoras que soplaban a la Europa de los siglos x y xi; asimismo cabe reconocer que el hermetismo monástico trababa la expansión de las ideas, que permanecían sólo al alcance de pequeñas minorías. En oposición al carácter rural de monasterios y castillos y a la índole bibliográfica de sus tesoros, las Universidades, acreditan su filiación urbana y su metodología oral. Suplantando a los monasterios como expresión de sabiduría abierta y a través de la palabra, facilitan la comunicación del orbe científico atesorado en los escasos libros existentes, con un público cada vez más amplio, ávido por cultivar su espíritu y aprender nuevas profesiones. La enseñanza consiste en las lecturas de tratados (la *lectio*) y su posterior comentario y discusión (la *disputatio*). Conviene, sin embargo, dejar expresamente sentado que la Universidad no era la única fuente de sabiduría. Es posible que en determinado momento, no constituyera el más importante laboratorio de ideas y que muchas veces recibiera desde fuera de sus claustros el aire fresco de la renovación fecunda y creadora. Nacida por el impulso de

enseñar y aprender, casi diríamos por iniciativa popular, integra luego con fueros propios, uno de los tres poderes, junto al pontifical y al imperial, aunque no tardará en girar bajo la órbita de uno u otro.

Esta referencia a la génesis universitaria, no se trae por mero deleite erudito, sino para destacar tres conclusiones: el origen y proyección social de la institución, que se manifiesta en una espléndida simbiosis entre Universidad y Sociedad, el afán de universalidad que la alienta y la anhelosa unicidad, que dá sentido a su existencia.

b) Evolución. Este esquema universitario, no permanece congelado, ni muéstrase rígido, pues enfrenta la mutación de la comunidad, sus renovadas necesidades, o sus nuevos requerimientos teóricos y no es insensible a la pausada evolución de las ideas en aquellos días. Pues ni aún en el extenso medioevo, la sociedad se mantiene estática, ni la cultura puede considerarse nunca como un todo acabado. Mientras aquella modifica sus estructuras, ésta amplía sus horizontes y extiende sus interrogantes. Después del 1400 comienzan a marcarse las vetas en la unidad de la cultura medioeval. Un historiador a quien no se le puede negar objetividad, apunta certeramente: “En la unidad medioeval de la cultura habíase marcado su situación no desenvuelta; a partir del siglo XIII todos los pasos y todos los progresos significaron destrucción de esa unidad simple y advenimiento de una diversidad que había de producirse por el mayor conocimiento de la Naturaleza y de la Historia, por la más rica evolución de todos los individuos y por la profundización de lo espiritual en general”(W. Goetz). Hacia fines de la Edad Media, se hace más profunda la disgregación de la unidad feudal, suplantada por el absolutismo y el amanecer del capitalismo, fuerzas conflictuales y poderosas. “El estado feudal poco integrado, con su vaga ley tradicional fue desalojado gradualmente por monárquicos absolutos con su soberanía centralizada y leyes estatuidas racionalmente” (Zilsel). Por otro lado, el debilitamiento de las corporaciones dio rienda suelta a la libre iniciativa y a la competencia, acontecimientos que aceleran la dinámica económica y producen un rápido enriquecimiento de la burguesía mercantil. El joven capitalismo materialmente fortalecido, aumenta su gravitación en la sociedad e incrementa el espíritu científico y el método experimental, que inician su obra demolidora contra los bastiones teóricos elaborados a lo largo de diez siglos. La organización estatal compleja y las activas relaciones de la economía capitalista, crean la necesidad de administradores, funcionarios cultos. El racionalismo invade el terreno de la filosofía y la economía. Se desarrollan las matemáticas. “La tradición matemática clásica (Euclides, Arquímedes, Apolonio, Diopantos) pudo ser revivida en el siglo XVI debido a que la nueva sociedad había crecido hasta exigir cálculos y medidas”(Zilsel). La presión de las necesidades sociales abre paulatinamente las puertas del recinto de los altos estudios a nuevas formas culturales y científicas. La interacción modifica el contenido y reorienta la misión del claustro universitario. Durante siglos –Universidad y Sociedad– interrelacionan necesidades socio-culturales e investigación y docencia superior; realizaciones e investigación pura y práctica. “Al principio –dice el profesor F.P. Kepel– la única misión de las universidades era la enseñanza: el siglo XIX trajo los deberes de la investigación y el XX los problemas del servicio general a la comunidad. Es claro que las dos primeras funciones están incluidas en la última, porque son formas

de servicio público de un valor superior; más para insistir en ellos, pueden considerarse como funciones separadas". Sobre el núcleo originario cultural y educativo, intelectualista y teórico, se suman la investigación científica y la función social de la universidad moderna.

2.- LAS FACULTADES.

El pensamiento universitario se organiza en sus orígenes en cuatro ramas fundamentales que constituyen el esqueleto de las respectivas Facultades de Teología, Derecho, Medicina y las Artes (Filosofía); los estudios de esta última, constituían el tránsito obligatorio hacia todas las demás. Cada Facultad corresponde a un conjunto de ciencias básicas, cuyos fines son servidos por disciplinas auxiliares. Con el lento trazar de los siglos surgen nuevas Facultades, que van sumándose al tradicional esquema. En Alemania, por ejemplo, a la Facultad de Filosofía, se adhiere luego la de Matemáticas y Ciencias Naturales, más tarde se agregan las Ciencias del Espíritu y al fin las Ciencias Económicas. Es visible que el cambio se opera por adición o sustitución de Ciencias, que a veces, como en el caso señalado, introducen el caos en una entidad con funciones homogéneas.

¿Qué es hoy una Facultad?

El análisis de los elementos que constituyen una Facultad, nos induce a definirla como una estructura universitaria que organiza sus funciones mediante la programación de estudios sistemáticos y ciencias correlacionadas, congruentes en sus contenidos y confluyentes en sus objetivos, que funcionalizan su misión profesional, científica y social.

Con esta noción se pueden destacar tres facetas: a) una referida a la vida orgánica. En este sentido las Facultades constituyen un segmento de la Universidad de la que dependen económicamente, pero de quien gozan de autonomía técnica y docente (art. 18 del Estatuto Universitario). Una Facultad es, desde este ángulo un todo integrado, que forma parte congruente del todo universitario. b) La otra imagen puede apreciarse situándose en el punto de vista científico; esta perspectiva permite distinguir un centro de altos estudios especializados de carácter profesional y cultural, científico y práctico; cuya autonomía corresponde a sus objetivos específicos y a los medios para alcanzarlos, dentro de la misión de la Universidad. c) El ángulo social, se desprende de la orientación de la enseñanza consustanciada con las formas de desarrollo de la comunidad y sensible a la problemática del pueblo y del país.

Interrelación de la Universidad y sus Facultades

La historia de las Universidades revela como modifican su morfología y sus funciones, según los cambios paulatinos que se introducen desde las Facultades. Obsérvese que si bien, la creación de una Facultad es un acto universitario, éste se produce por efecto de una necesidad social, o una exigencia científica, o de ambas a la vez. Es un "sector de la vida" (Jaspers) el que impele la creación o recreación de una Facultad. La presión de factores exógenos va penetrando en el alto claustro. El órgano directi-

vo detecta la necesidad cultural o social y en relación con ella funda instituciones para satisfacerla; comienzan por institutos, que crecen y se transforman en escuelas y más tarde logran el cuerpo de Facultad. Esta energía expansiva, sino es regulada, puede conducir a la dispersión, o a la yuxtaposición, lo que importa pérdida de energías y frustración de propósitos. Por esta circunstancia, cada creación universitaria debe ser programada, no como un agregado, sino como una nueva parte que integra el todo. No es un brazo ortopédico que se agrega, sino un nuevo miembro que le nace.

Existe una larga polémica entre una tendencia centralista, que predomina en algunos sectores universitarios y el afán de autonomía de las Facultades que la componen. Esta disputa entre el centralismo de una “mística universitaria” según la cáustica expresión de Boneccase y un autonomismo de las Facultades, que las debilita reduciéndolas a sus propias fuerzas, debe ser superada por una cooperación funcional, que asegure la interdependencia científica y la colaboración orgánica.

La unidad de las ciencias

La coherencia funcional de una Facultad, la determina la trabazón sistemática de sus objetivos, y los elementos de cohesión que relacionan el contenido de las ciencias básicas que articulan su unidad estructural. Esta formulación universitaria está íntimamente relacionada con la concepción –de origen filosófico– de la unidad científica, de lo que Jaspers llama el cosmos de las ciencias.

Esta idea de encontrar en la diversidad científica una sistemática y un espíritu que las intercomunique y las englobe, tropieza en nuestros días con dos fenómenos que aparentemente han fracturado su integridad y desarticulado algunos de sus planteos fundamentales. El vertiginoso incremento y la ramificación de los conocimientos, han introducido una atomización que no puede evitar las contradicciones. Las transformaciones observadas en el orbe de las ciencias provienen de la celeridad y diversidad intrínseca de su desenvolvimiento y por otra parte, a fenómenos ajenos a ellas, como son las necesidades que genera la fluencia socio-cultural. Estos acontecimientos han operado como un revulsivo en el campo de la epistemología pero sin duda un revulsivo fecundo, que pudiera parecer caótico, pero que conduce a un reagrupamiento de disciplinas que se proponen finalidades semejantes o complementarias.

Tenemos entonces, que el nominado cosmos de las ciencias parecería no lograr un sentido unívoco; lo que no puede hacernos incurrir en el error de creer que la especialización ha transformado a cada disciplina en una isla, que se desplaza a la deriva en la oceánica inmensidad de las ciencias. Por el contrario, una profunda trabazón intercientífica es la amalgama que impulsa un acercamiento. No sería pues correcto, interpretar como desorganización la permanente plasticidad que marca el progreso científico, cuyas conmociones orgánicas se producen por el nacimiento de nuevas series que terminan por articularse en flamantes disciplinas. Estos reordenamientos se originan, en ciertas ocasiones por una multiplicidad de movimientos cognocitivos, que luego acumulan, por decantación, los materiales sobre los que se organizan jóvenes disciplinas; en ciertas oportunidades, se observa la gravitación de circunstancias históricas, sobre un territorio limítrofe entre diversas ramas del conocimiento, “tierra de na-

die" que atrae el interés de la investigación y abre nuevas canteras que aportan grandes cantidades de materia prima, que reunida sin método al comienzo, adquieren luego personería y más tarde logran la autonomía de una nueva esfera de conocimiento. Percíbese un proceso de disgregación y de reagrupamiento sucesivos, de crecimiento y diferenciación, que pareciera presidir el avance científico y que en algunos períodos introducen cierta "heterodoxia" en el complejo de las ciencias, que no rompe sin embargo, su irrevocable vocación a la unidad. Por esta razón consideramos justo sostener con Rummey y Maier, que "en la vida social, al igual que en el desarrollo de la ciencia, no existe principio alguno más fructífero que aquél de la fecundación cruzada y de la difusión". Acorde con este pensamiento insinúase en nuestros días, una política de complementariedad que actúa intercambiando sugerencias metodológicas, conjugando perspectivas originadas en los enfoques disímiles y particularizados y estableciendo acuerdos respecto a la nomenclatura científica.

Hasta hace poco tiempo, cuando se pensaba en el estudio de la sociedad solo se tenía presente a la sociología como su disciplina fundamental. Hoy se habla de las ciencias sociales y una reciente publicación de la Unesco las reúne en tres ramas fundamentales: la Sociología, la Antropología y la Psicología Social. El estudio del hombre abarca el amplio perímetro de las ciencias antropológicas, sensiblemente dilatadas por la indagación moderna y la contribución de materias de escasa antigüedad. Entre Psicología y Sociología se elabora una problemática que demanda un nuevo campo de estudio y experimentación; entre Educación y Sociología levanta sus muros una nueva disciplina: la Socio-Pedagogía.

Es indudable por otro lado, que esta dinámica repercute en la morfología de algunas disciplinas científicas. El efecto se produce introduciendo modificaciones primordialmente en los objetivos y en segundo término en los contenidos; en otras oportunidades ocurre a la inversa, para ser precisos, es necesario decir que cuando las modificaciones nacen en los fundamentos, trascienden sobre los objetivos, y si tienen origen en los objetivos, revierten sobre sus fundamentos. Pero el efecto no siempre tiene la misma intensidad que la causa. Me siento tentado de afirmar, atendiendo al impulso originario, que si la causa del cambio es científica, el impacto tiene lugar inicialmente en los fundamentos y si es social, sus efectos se observan en primer lugar sobre los objetivos.

En consecuencia lo más grave de esta situación, es la distorsión que se opera entre contenido y objetivos científicos. La afirmación de Einstein de que "nuestra época parece caracterizada por la perfección de los medios y la confusión de los fines", constituye un testimonio de los graves peligros que la desorientación científica importa para la sociedad. Dicho fenómeno se refleja asimismo sobre la anarquía que impera en ciertas disciplinas. Una revisión de objetivos, contenidos y medios y un ajuste funcional entre dichos términos, podría ser una contribución a solucionar el problema. Por eso confiamos que puede ayudarnos a salir de la actual crisis de la pedagogía, una adecuación de los objetivos a los cambios sociales y cierta flexibilidad para prever futuras mutaciones; un riguroso espíritu científico respecto de la integración de los contenidos y una sensibilidad que si bien acredite su plasticidad ante lo nuevo, abriendo

paso a las apetencias creadoras, destaque su capacidad para asimilar críticamente algunos principios prematuramente abandonados que renacen por la acción de una palíngenesia que rescata para la ciencia, lo que está vivo, aunque parezca marginado por la evolución. [...]

3.- LOS SUPUESTOS GENERALES

El punto de partida de nuestra tarea está referido a la educación del hombre. Del análisis de esta premisa, iremos montando el edificio propuesto.

No se trata de prefigurar una imagen del hombre y localizar alrededor de ella funciones humanas, la tarea es más humilde y limitada. Con los elementos que proporcionan las ciencias del hombre: biología, psicología, antropología, etc., se obtiene una noción esquemática y concreta del individuo; pero su estructura real, no se integra sino se determinan las pautas que elabora la convivencia. El objeto de este estudio es la búsqueda de materiales que se desprenden de la relación del individuo con el contexto socio-cultural, en cuyo ámbito el hombre adquiere un "status" y ejerce múltiples funciones, y forma su carácter cuando aprende a dominar la adversidad y conquista el derecho a ser feliz. En aquella interrelación entre el sujeto y su dintorno, se evidencian formas del aprendizaje, descúbrese la fuerza prometéica que los anima y lo define y perfilase la imagen trascendente que lo muestra prospectivamente.

Individuo y Naturaleza

A los fines de ubicar el tema, situemos al individuo en su relación con la naturaleza; en este sentido, una rápida ojeada al pasado remoto, nos proporcionará excelente material de juicio. El primitivo, nómade, salvaje, agrupado en pequeñas comunidades familiares, afronta el rigor de las fuerzas naturales y el enigma que la entraña. Vive de la naturaleza, lucha contra sus elementos y le acosan sus interrogantes. La naturaleza que anida en la interioridad y la que le rodea como medio natural, coaccionan la convivencia y penetran profundamente en el mundo mágico del primitivo que domina su vida psíquica y la misteriosa instrumentación simbólica que define su estilo de pensar y de hacer: su manera de ser. En su brega para subsistir, el homínido fue transformando elementos naturales en instrumentos de cultura: así forja armas y utensilios de uso diario, que son una forma de cultura y las primeras manifestaciones de una técnica en sus albores. Al transformar la naturaleza, el primitivo burila nuevas facetas de sí mismo. Hombre y naturaleza constituyen la antinomia fundamental de los pueblos prehistóricos. La cultura era entonces función ecológica, arma del individuo frente a las condiciones ambientales.

En nuestra época, la relación entre individuo y naturaleza, adquiere contornos muy diversos. El siglo XIX enuncia el principio de adaptación al medio natural. Las teorías de Lamarck y Darwin, le sirven de fundamento. Para ellos las mutaciones que se operan en la naturaleza humana son producidas directamente por el medio ambiente. Los elementos de esta concepción mecanicista reducen a una actividad pasiva al sujeto. Modernas teorías antropológicas destacan la conducta activa del individuo en sus in-

terrelaciones ambientales; la pertinacia de la investigación científica desentraña progresivamente las leyes de la evolución natural y dilucida los principios que la orientan y contribuyen al señorío del hombre frente a la naturaleza. La cultura es hoy herramienta eficaz en la tarea de someter las fuerzas naturales y regular las relaciones humanas.

Individuo y Sociedad

Siguiendo esta esquemática mirada retrospectiva, vemos como en el transcurso de los siglos el individuo se hace sedentario, arraiga, nace la agricultura, las relaciones sociales se hacen más complejas y comienza un prolongado proceso de expansión del grupo social. Surgen las comunidades agrarias, las organizaciones tribales crecen con el intercambio o con la conquista y aparecen incipientes núcleos urbanos. Este crecimiento cuantitativo las hace poderosas y configura existencia diferenciada al todo colectivo respecto de la parte. Un nuevo factor comienza a advertirse en la corriente histórica, se insinúa sutilmente al comienzo y acciona con impetuosidad más tarde. Es el grupo organizado e independiente de la pericia individual. Eso que la sociología moderna ha caracterizado como “lo social”. El individuo comienza a vivir de, por y para la convivencia que lo amarra a múltiples instituciones estáticas. En el medioevo, el trabajo agrícola, basado en la servidumbre y organizado en feudos y la industria artesana de pequeñas unidades de taller, acentúa “la diferenciación entre el campesino que cultiva la tierra y los artesanos y comerciantes establecidos en el centro de ese campo”. Así se constituyen los burgos que fueron las semillas de las grandes unidades urbanas de nuestros días.

El intercambio comercial desplaza sectores de la población dedicados a las tareas agrícolas hacia el éjido urbano. Los estados nacionales tejen su estructura y organizan la comunidad. Cada día se hace más pronunciada la gravitación de lo social sobre lo individual. Una segunda naturaleza, entretejida por las relaciones sociales, abruma al ser humano con sus imperiosas necesidades y sus perentorias exigencias. La sociedad trasciende historia. El sujeto deja de ser considerado producto de un orden natural, o conceptualizado en relación a valores absolutos, para ser apreciado como un ente histórico. No es aventurado sostener que la gravitación de la sociedad consolida la historicidad de la vida humana. El grupo dinamiza y convulsiona sus mecanismos. La movilidad social agilizada rompe viejos moldes estratificados y se gana el derecho a la libertad; pero libertad es soledad aún. “El individuo fue dejado solo; todo dependía de su propio esfuerzo y no de la seguridad de su posición tradicional” (From). El desajuste de la relación individuo sociedad tórnase dramático. Emanciparse de la naturaleza, para ser un producto condicionado de la sociedad y luego juguete de libre volición—suelto pero prisionero— en la estructura del grupo parecería ser la parábola que describe la evolución del individuo en sus conexiones con la naturaleza y sociedad.

En nuestro momento, la actitud individual no se expresa respecto de la existencia colectiva, ni en los términos de una “emancipación” que transforme al sujeto en un átomo, no libre, sino aislado y por lo tanto infecundo; ni tampoco en la posición de quien se siente pasivamente condicionado por el todo, que anula las aristas peculiares y las posibilidades creadoras. Lo que se procura es la integración del hombre en lo so-

cial desde una situación y con una función que dignifique su existencia y haga posible un elevado sentimiento de responsabilidad social, que es progreso común. En tal sentido, la cultura en nuestros días, deviene puente inmaterial para lograr un lenguaje común, que sincronice funcionalmente la relación entre el hombre y la comunidad.

Cultura y Sociedad

Cultura, es una palabra nueva, elaborada por los románticos alemanes posiblemente por Herder, que se refiere a una antigua expresión de la actividad humana. Una vertiente filosófica, nos muestra que los pre-socráticos polemizaban acerca de la superioridad entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la cultura; la discordancia llega a su ápice en el medioevo, que concede primacía al orden cultural, cuyo trasfondo teológico, tiene prioridad absoluta sobre el conjunto de los factores materiales e intelectuales. La moderna investigación ontológica, llama Espíritu Objetivo a la cultura y Espíritu Subjetivo a la actividad del hombre por crearla (Hegel). Fue Rickert quien procedió a una clasificación de las ciencias con referencia al orbe natural y al cultural; naturaleza es para él “lo dado, lo que existe por sí” y cultura es todo lo creado por el hombre. Desde este enfoque podría definírsela como “la capacidad objetivante del hombre”. Otra perspectiva es la antropológica, que la caracteriza como una pauta de conducta (Linton) y finalmente la acepción sociológica, que ve en ella un producto colectivo, una constitución teorética, una estructura social. A los fines de este informe empleamos la voz cultura en este último sentido. Si bien la cultura expresa el estilo de vida, la forma de actuar y de pensar de un grupo humano, no debe verse en ella un cuerpo inerte, una materia muerta, por el contrario reobra poderosamente sobre el grupo y se encuentra en permanente interacción con él.

Y si es, como ya lo dijimos, función entre individuo y sociedad, es asimismo estructura condicionada y condicionante a la dinámica social. Aclaremos que la presión de la sociedad no debe entenderse siempre como factor negativo, pues a veces y en particular para la actividad intelectual, es un valioso abono y un poderoso aliciente al potencial creador. Es correcta la tesis de J. Bryant y Conant cuando afirma “que ciertos tipos de fuerzas sociales poderosas deben operar sobre el mundo del saber si el espíritu de la sabiduría ha de vivir y florecer”.

Rehusando insinuar un juicio de valor en la relación cultura y sociedad, es fácil sin embargo, apreciar que la extensión del saber sobre la comunidad constituye un abono para el florecimiento de las luces, la animación de la vida espiritual y el propio desenvolvimiento de las faenas técnicas; pero a su turno, la vida que bulle en las entrañas de la realidad, reobra vigorosamente sobre las ideas, renovando su caudal sanguíneo y estimulando su fibra creadora.

La Ecuación: Individuo, Cultura y Sociedad

Apresado entre dos tremendas estructuras interdependientes, las posibilidades de desarrollo del hombre –digamos: una parte de su felicidad– dependen de como resuelva su existencia coercitivamente condicionada. A este propósito, es importante que adquiera lúcida conciencia de lo que él representa dentro de la ecuación, que comprenda sus funciones en relación de la cultura y la sociedad, lo que es fundamental: que

sepa encontrar los medios para afirmar su identidad personal, el equilibrio de su yo frente a la desorientación y la angustia que lo acosa por dentro y las caóticas y contradictorias fuerzas que lo agobian desde fuera. A tal fin procurará integrar sus modos de vida con los sistemas de convivencia creados por determinadas formas socio-culturales, con clara noción de su "status", de su función y de su derrotero. Para ello debe aprender a usar la cultura, instrumento del espíritu, como "hacha y escoplo" (Sarmiento); como guía y como herramienta para actuar en comunidad.

Dos procesos de fondo presiden la interconexión del hombre con la realidad social: a) el uno, denominado de individualización, que se manifiesta como la identidad del individuo consigo mismo; con la afirmación de sí, respecto del grupo. La individualización patentiza una dinámica concéntrica, cuya fuerza direccional tiende hacia el individuo y encauza las fuerzas sociales que inciden en el afianzamiento de la individualidad, que hoy no debe entenderse como un intento de diferenciación del medio social. La personalidad no es atributo de "los raros", sino la auténtica conquista del sujeto como ente activo en la comunidad. Este es el camino del otro proceso: b) el de socialización, que es la integración social del hombre en los engranajes de la vida colectiva y en su activa participación en la división social del trabajo. Sin adjetivaciones ni mutilaciones a su indivisible humanidad. La especialización profesional no debe ser la base de la incorporación a la colmena, sino que es toda la personalidad la que lo liga funcionalmente a la sociedad. Precizando: no es como sector especializado que se produce el ajuste, sino que es la entidad humana, sin aditamentos, la que establece la interdependencia funcional con el grupo. En tal sentido, Manhein aclara: "Todo ajuste realmente humano a una determinada condición social es un "ajuste creador", en donde el "organismo total" entra en conexión con el "medio total". Finalizamos definiendo la socialización (que debe entenderse como integración en la sociedad) diciendo que es el proceso por el cual el individuo intégrase como sujeto activo a la comunidad, que lo emplaza funcionalmente en una situación social. La socialización pone de manifiesto una dinámica excéntrica que hace a la situación y función social del individuo; esto es, que se dirige hacia el grupo. Las dos corrientes con aparentes rumbos opuestos, se concilian en un correcto proceso de desarrollo del hombre. "Llegará una edad, dice bien Cousinet, en la cual precisamente, los dos desarrollos estarán condicionados el uno por el otro; en la cual el individuo, desarrollándose como tal, llevará a la vida y al desenvolvimiento del grupo un aporte cuyo equivalente le devolverá el grupo ayudando a este desarrollo individual; una edad en la que, solo por la sociabilidad puede llegar a ser una persona". La conjugación del movimiento centrípeto y centrífugo, en el propósito esencial de desarrollar el individuo y desenvolver la comunidad, puede proporcionar la clave de una auténtica convivencia. ■